

DEL CALMECAC AL C. C. H. APRENDER QUE Y APRENDER A QUE...

I. Aprender de memoria.

Hoy, la mayoría de los profesores conoce y utiliza proposiciones y principios pedagógicos que han tenido origen y difusión y hasta éxito en otros países y también en el nuestro, y así nos encontramos, inclusive, montados en una posición educativa diferente en relación a otras instituciones que atienden, de alguna manera, estudiantes del mismo nivel (medio superior). Todos, por lo general, miran hacia las pedagogías europeas primero y a las norteamericanas después; al menos ha sido la apreciación del que escribe, y dentro del sistema educativo al cual pertenecemos se ha puesto en boga una premisa educativa que indica que “no hay que aprender de memoria sino a razonar”, lo cual es valioso —y todos opinan de la misma manera— solo que aquí es en donde nace la aportación que pretendemos dar en este trabajo.

Los informantes de Sahagún¹ dicen que: la forma como allí se enseñaban las varias doctrinas y tradiciones era, (a falta de una escritura como la nuestra)², por medio del aprendizaje de memoria, que servía para entender las ilustraciones de los códices.

Cuando he escuchado a mis compañeros maestros y a compañeros alumnos repetir aquél principio de “no aprender de memoria”, ha quedado en cada vez en mi mente la pregunta de ¿entonces cómo?; claro que utilizando racionalizaciones —entre las cuales hay muy diversos niveles— encontramos que no se dice lo que se dice, sino que. . . y a quienes hemos interrogado nos han respondido que “lo im-

¹ Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia General de las cosas de nueva España*. Acosta Saignes, México 1946. Vol. 1, p. 2.

² León-Portilla, Miguel, *La Filosofía Nahuatl*, UNAM., p. 9.

portante es “que razonen y comprendan y. . .”, con las cuales respuestas hemos estado de acuerdo, pero, hay un problema: el alumno que escucha de un profesor la premisa de no aprender de memoria se siente relevado de ejercitarla y pretende razonar y comprender, pero al no tener “datos” antecedentes en su memoria que le faciliten las relaciones adecuadas, ¿cómo podrá razonar? y, cuando lo hace, ¿cómo será su producto respecto de algunas concatenaciones de datos?

En los Calmecac enseñaban de memoria, porque no había una escritura dominante por todos los estudiantes, pero actualmente sí contamos con este recurso; por tal motivo me dirán que ahora con más razón tendrá aplicación aquel principio, y estoy de acuerdo, siempre y cuando el que estudia, lea y escriba, y no tan solo el que estudia, sino aún el que enseña, y aquí está la primera aportación que se obtiene al revisar en comparación la pedagogía nahuatl de los Calmecac y el CCH: en aquellos se aprendía de memoria, en éste se escribe y se lee. Pero, ¿ocurre satisfactoriamente?

II. Meta de la Educación entre los Nahuas.

Podría escribirse un libro de considerables dimensiones —dice León Portilla— en el que con auténtico sentido humanista podría reconstruirse, como lo hizo Jaeger respecto de la Paideia griega, la rica y profunda concepción del hombre implicada por la tlacahuapahuatiztli (arte de criar y educar a los hombres); esta voz está formada de tlaca: hombres, y huapahualiztli, término abstracto que significa “crianza o educación”.

Por ahora nuestro fin es comentar algunos de los principales aspectos de aquél arte nahuatl de educar seres humanos. La educación, en todos los pueblos cultos, es el medio que sirve para dotar a los nuevos seres humanos de la experiencia y la herencia intelectual de las generaciones anteriores, con dos finalidades: la de capacitarlos y formarlos en el plano personal y la de incorporarlos eficazmente a la vida de la comunidad, y, así como en la Paideia de los griegos se acentuaba el carácter personalista, entre los nahuas, especialmente en el imperio azteca, se atendía con preferencia el segundo aspecto: el de la incorporación de los nuevos individuos a la vida y objetivos supremos de la comunidad. Debo destacar, para hacer comprender de mejor manera la cierta relación que sugiero en el título de este trabajo, que entre los principales móviles nahuas en la educación estaba el interés demostrado por los dirigentes de la comunidad en incorporar cuanto antes al ser humano a la vida del grupo, en la que en adelante siempre tendrá que desempeñar un papel

especial. Clavijero³ comenta en su *Historia* una opinión dada por el padre José de Acosta:

Ninguna cosa, dice Acosta, me ha admirado más ni parecido más digno de alabanza y memoria que el cuidado y orden que en criar a sus hijos tenían los mexicanos. En efecto, difícilmente se hallará nación que en tiempo de su gentilidad haya puesto mayor diligencia en este artículo de la mayor importancia para el estado.

También llama la atención la característica de —la que podríamos llamar— la primera educación dada a los niños en la casa paterna y que giraba desde los primeros años de la vida alrededor de la idea de fortaleza y control de sí mismos, que de manera práctica —con ejemplos— y por la vía de los consejos se inculcaba en los niños; menciones del *Código Mendocino* ilustran acerca de lo reducido de la ración alimenticia que se les daba, para enseñarles a controlar su apetito; igualmente se les enseñaba a realizar quehaceres de tipo doméstico, como los de acarrear agua o leña. Es sumamente notable el hecho de que respecto a la educación impartida relacionada al comer, según menciona Eugenio Dávalos⁴, “desde pequeños se les enseñaba a no abusar ni de los alimentos ni de cosa alguna. El auto control parecía ser la característica fundamental mexicana”. Quienes estén al corriente en cuanto a la información actual en ciencias del comportamiento, apreciarán bastante este dato. En lo referente a la ingerencia paterna en la educación, ésta se efectuaba a nivel de consejos y exhortaciones. Veamos el siguiente texto en el que —según los informantes de Sahagún— se describe la primera visión educadora del padre:

1. “El padre de gentes” raíz y principio de linaje de hombres.
2. Bueno es su corazón, recibe las cosas, compasivo, se preocupa, de él es la prevención, es apoyo, con sus manos protege.
3. Cría, educa a los niños, los enseña, los amonesta, les enseña a vivir.
4. Se pone delante un gran espejo, (para que aprendan a conocerse y a hacerse dueños de sí mismos. . .”

Son los dos principios fundamentales que guían la educación nahuatl impartida ya desde el hogar; el del auto-control por medio de una serie de privaciones a las que debe acostumbrarse el niño, y el del conocimiento de sí mismo y de lo que

³ Clavijero, Francisco Javier. *Historia Antigua de México*, Tomo III. p. 196.

⁴ Dávalos, E. . “La alimentación entre los Mexica”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, T. XIV, p. 107.

debe llegar a ser, inculcado a base de repetidas exhortaciones.⁵

En el Códice Mendocino se nos informa que los jóvenes nahuas, ingresaban a los 15 años al Telpochcalli (casa de los jóvenes) o al Calmecac, escuela de tipo superior en donde se educaban los futuros sacerdotes y los nobles. Los dos tipos de escuela entre los nahuas, no debe suponer lo que muchos han creído un criterio discriminatorio, desde el punto de vista de lo que llamaríamos clases sociales. No es exacto que por ser hijo de macehuales (gente del pueblo) tenía que ingresar un niño al Telpochcalli, o, por descender de nobles, al Calmecac. En el Códice Florentino⁶ se precisa claramente este aspecto y la entrada a uno u otro de los centros educativos dependía originalmente de la elección y consagración de los padres del niño o la divinidad protectora del Telpochcalli o del Calmecac:

“Cuando un niño nacía, lo ponían sus padres en el Calmeca o en el Telpochcalli. Es decir prometían al niño como un don, y lo llevaban o al Calmecac para que llegara a ser sacerdote, o al Telpochcalli para que fuera un guerrero”.

Es verdad, sin embargo, que la educación dada en los Calmecac, era de alguna manera superior, ya que se preocupaba más en el aspecto de la formación intelectual de los estudiantes (momachtique), que estaba a cargo de los tlamatinime o maestros, quienes aquí cumplían su misión de “hacer sabios los rostros ajenos” Así los actos o “costumbres” exteriores guardados en el Calmecac, impresos de rigidez y (tal vez diríamos hoy) de dureza, iba precisamente dirigida a dar reciedumbre al aspecto dinámico de la personalidad: al corazón. Y a través de esta serie de actos y penitencias disciplinarias se forjaba el “querer humano”, (¿la actual voluntad?), capaz de controlarse a sí mismo. Parece ser que lo que buscaban los tlamatinime con su educación en los Calmecac, era perfeccionar la personalidad de sus discípulos en sus dos aspectos fundamentales: dando sabiduría a los rostros y firmeza a los corazones. Dos textos nahuas nos lo confirman. El primero de los informantes de Sahagún, refiriéndose al ideal del hombre maduro, dice:

“El hombre maduro:
un corazón firme con la piedra,
un rostro sabio.
dueño de una cara, un corazón,

⁵ *Apud León Portilla, Miguel. La Filosofía Nahuatl, UNAM, p. 223.*

⁶ *Códice Florentino, lib. III, p. 49 (ed. bilingüe Florentine Codex, part. IV. translated from Aztec into English by A.J.O. Anderson and ch. E. Dibble) AP I. 60.*

hábil y comprensivo”.⁷

Esta meta profundamente humanista de los tlamatinime con su educación era alcanzada con frecuencia, lo prueban todos aquellos personajes históricos, de los que nos sentimos orgullosos, como Itzcoatl, Tlacaélel, Moctezuma Ilhuicamina, Cuiclahuac, Cuauhtémoc, ejemplos de corazón recio; y los que se distinguieron sobre todo por su corazón sabio, como Nezahualcoyotl y su hijo Nezahualpilli, acerca de quien escribió Torquemada lo siguiente:

*“Llegado a la edad de la discreción, comenzó a dar olor de sí, de lo que después vino a ser en sus reinos, mostrando mucha prudencia, y uniformidad de voluntad, con que hacía igual rostro a todas las cosas, mostrando en lo adverso, ánimo invencible, y en lo próspero, y pujante, poca alteración de gozo, y alegría. Dicen que fue grande Astrólogo, y que se preciaba mucho de entender los movimientos de los astros celestes; y con esta inclinación, que a estas cosas tenía, hacía inquisición por todas las partes de sus Reinos, de todos los que sabían algo de ésto, y los traía a su Corte, y comunicaba con ellos todo lo que sabía, y de noche se subía a las azoteas de su palacio, y desde allí consideraba las estrellas, y argüía con todos los que de ellas dificultaban. Al menos, yo sé decir, haber visto un lugar, en sus casas, encima de las azoteas, de cuatro paredes, no más altas que una vara, ni más ancho el lugar que lo que puede ocupar un hombre acostado, y en cada esquina tenía un hoyo o agujero, donde se ponía una asta, en las cuales colgaban un cielo. Y preguntando yo, que de qué servía aquel cuarto?, me respondió un nieto suyo (que me iba mostrando la casa) que era del señor Nezahualpilli, para cuando de noche iba con sus astrólogos a considerar los cielos, y sus estrellas. . .”*⁸

⁷ *Textos de los informantes de Sahagún, ed. facs. de del Paso y Troncoso Vol. VI, fol. 215; AP. I, 64.*

⁸ *Torquemada, Fray Juan de, Los 21 libros Rituales y Monarquía Indiana, 3 Vol. Fotocopia de la 2a. Edición, Madrid, 1973.*

El segundo texto a que se aludió antes, para confirmar lo dicho acerca del ideal educativo de los nahuas, proviene del Códice Florentino y se refiere a las cualidades que debían tener los que iban a ser elegidos como Sumos Pontífices, “Sacerdote de nuestro Señor” (Tótec tlamacazqui) Quetzalcóatl y “Sacerdote de Tláloc” (Tláloc tlamacazqui) Quetzalcóatl:

*“aún cuando fuera pobre o miserable,
aún cuando su madre y su padre fueran los
pobres de los pobres. . .
no se veía su linaje,
sólo se atendía a su género de vida. . .
a la pureza de su corazón
a su corazón bueno y humano. . .
a su corazón firme. . .”⁹*

Este era el supremo ideal humano al que se dirigía la Tlacahuapahualiztli (“arte náhuatl de criar y educar hombres”). Pasando por encima de toda diferencia social: “no se veía su linaje” (amo tlamamecáiotl motta) se fijaban en lo más elevado del hombre, su persona: “su corazón bueno, humano y firme” (in qualli yiolo, in tlapacaihioviani, iniollótetl), si se traslucía que “tenía a Dios en su corazón” (téult yiollo) y que era “sabio en las cosas divinas” (intlateumatini), era elegido por sacerdote supremo y recibía el título de Quetzalcóatl, símbolo náhuatl del saber y del origen de todo lo bueno que abarca el término Toltecáyotl, entendido abstracta y colectivamente a la vez: la Toltequidad.¹⁰

*Prof. Sergio Hernández Díaz
Plantel Naucalpan*

⁹ *Códice Florentino, lib. III, p. 67; AP I, 65.*

¹⁰ *León Portilla, Miguel. p. at. p. 230.*